

bargo tiene la seducción de mil sirenas en sus ojos de ensueño. ¿Has visto tú algunos de un verde más vívido y cambiante? ¡Todo lo expresa con la mirada, y con ella, si no me engaño, me dice que me ama!

—¿Te lo ha dicho de palabra también?—le preguntó Alfonso con una voz extraña que alarmó a su amigo.—¿Te ha dicho que te quiere? —recalcó con furia, pálido y con los puños crispados.

—¡Hombre!—protestó Alexis asustado—¿Qué te pasa? ¡Mmmm... con que esas teníamos...? Pues habérmelo dicho antes...

Confundido Alfonso por el extremo a que lo había llevado su propia violencia, se quedó un rato en silencio, la mirada torva y baja, la respiración entrecortada.

Por fin habló:

—¡Oyeme bien, Alexis—le dijo—, te prohíbo que vuelvas siquiera a pensar en ella! ¡No la conoces... no podrías nunca apreciar el valor de sus sentimientos, de su dulzura y de su pureza...

Alexis lo escuchaba lleno de estupefacción, mientras digería sus palabras, tan en desacuerdo con las que generalmente expresaba con relación a las mujeres.

Alfonso pensaba: Es una hechicera, pareciera que se ha valido de un filtro mágico para embrujarme. Cuando pienso en ella evoco cuanto

hay de puro y sagrado. Tiene para mí el perfume delicado y sutil que se respira en los campos de flores silvestres; toda la ilusión y el recuerdo de mi primera juventud; el sabor de mi primer amor ideal. ¡No puede ser que quiera a Alexis, es mía y no se la cederé a nadie!

Volviéndose hacia Alexis con una sonrisa cruel que desmentía la bondad de sus palabras le dijo:

—Perdóname, por un momento no supe lo que decía. Si ella te quiere es tuya. Sin embargo, hay un pero. ¿De qué van a vivir? Porque creo que te has dejado engañar por las apariencias. Ysabel no tiene fortuna. Su padre es lo que llamamos aquí un *gentleman-farmer*, de una rancia y muy distinguida familia, que en su tierra ocupa una posición destacada porque relativamente es más rica que la gran masa; pero créeme... no te alteres, no te miento, pues sería tonto si lo hiciera cuando fácilmente podrás comprobarlo. La renta de Ysabel no les permitiría a ustedes pagar ni el valor de tus cigarrillos, que pretendes especiales y hasta marcados con tu nombre. Lo sé porque ayer mismo ví la cuenta que pagó mi secretario por tí. No te lo digo como reproche. Por el contrario, quería enterarte y decirte que estoy dispuesto a hacer algo por tí... ¡Eso sí, como creo que no pensarás, ahora que contraigas matrimonio, se-

guir la misma vida de parásito que has venido llevando, desde hoy quedas nombrado administrador de mi propiedad de caza en los Adirondacks. Habitación con luz, calefacción, y sueldo adecuado. No creo que han de necesitar mucho allí y menos al principio, pues entiendo que para los enamorados con su mutuo cariño les basta.

Se cruzaron sus miradas. La de Alfonso dura, fría y acerada como una hoja toledana.

Alexis bajó la suya. Se quedó unos instantes inmóvil, mudo. Harto bien sabía de lo que era capaz su protector: un dios benévolo, si quería, pero ¡guay del que se cruzara en su camino! ¡Qué caray!—se dijo enseguida—no valen los ojos de ninguna mujer el apoyo y el cariño de un amigo como Alfonso.

Demasiado cínico para pretender ocultar sus verdaderos sentimientos, y menos a Alfonso, quien lo conocía como sus manos y con quien no valían subterfugios, le dijo:

—¡Muy linda la niña, preciosa; pero si es como tú dices, y no tengo por qué dudarlo, no es para mí. Demasiado bien sabes que no puedo costearme lujos de esa naturaleza. ¿Sin rencor, verdad? Quedaremos como antes y puedes estar seguro de que de lo que hemos hablado no saldrá ni una palabra de mi boca.

Como terminaba ya de vestirse, puso una gota de Colonia en su pañuelo de finísimo lino

y lo colocó con maestría en la bolsa de su saco dándole una palmadita.

Luego se acercó a Alfonso y tirándole afectuosamente un brazo por la espalda añadió:

—Créeme, con sinceridad te deseo toda la felicidad posible. Tienes razón. Ella es incomparable, no pienses que fácilmente me aparto. Se me había metido en el alma...

De la puerta se volvió.

—¡Ah, oye—le dijo—¿Qué hubo de aquel negocito que te había propuesto y para el cual sería necesaria mi presencia en San Francisco antes de una semana. Creo que sería bueno que tomara el trans-continental de esta noche. Con unos mil dólares podría ir a cerrar el negocio.

Alfonso sonrió con ironía.

—¡Bueno, hombre, bueno, cuenta con eso... puedes salir hoy mismo!

—Entonces—murmuró Alexis—, despídeme de las niñas. Estaré muy ocupado y no tendré tiempo de verlas antes de partir.

\*

Cuando Elena e Ysabel llegaron al vestíbulo del hotel en donde se celebraba la *kermesse* organizada por las damas de la Cruz Roja con el fin de recaudar fondos para los huerfanitos, ya casi no se cabía en él.

Vestidas de floristas de la época de Luis XV, parecían dos preciosas muñecas escapadas de una tienda de *bibelots*.

Preocupadas por haberse atrasado en venir a relevar a dos amigas, afanosas se abrían campo hacia un kiosco por entre la curiosa multitud, despertando a su paso exclamaciones de admiración.

Encontraron a Julieta ya en su puesto, situado frente al de ellas. Les contó a gritos, muy ufana, que tenía una suerte para vender asombrosa. Estaba en su día. Le sentaba a las mil maravillas una cofia alsaciana por entre cuyos espumosos vuelos de *point d'esprit* orlados de fino encaje, se escapaban sus rizos negros. Con los enormes ojazos brillándole como carbunclos repartía bombones y seductoras sonrisas. Se sentía en el colmo de la felicidad al comprobar que con sus encantos atraía el mayor número de buenos mozos.

Docenas de atractivas jóvenes trajeadas con vistosos disfraces de todas las épocas y países, vendían en los caprichosos kioscos o iban y venían con bandejas, riendo alegremente y haciendo monerías para conquistar al público que ruidoso y complacido se dejaba explotar. Para esto estaba allí y para codearse con los «cuatrocientos» de la nueva aristocracia, con los diplomáticos, con los más famosos millonarios y con los demás personajes importantes de la gran cosmópolis.

¡Qué orgullo poder contar luego allá en sus hogares a sus pasmados parientes y amigos, que

habían visto de cerca a tal linajuda dama o a cual ilustre potentado, que la señora de un ministro o la de un embajador los había atendido, o que una doncella de la más alta alcurnia social o financiera les había colocado una flor en el ojal!

Transcurría la fiesta en medio de la mayor animación. Las damas redoblaban sus lisonjas empeñadas en recaudar cada una más dinero que las otras, y llamaban despreocupadamente a los parroquianos valiéndose de mil recursos.

Ysabel se alegraba del barrullo y del trajín que la mantenían ocupada sin dejarle tiempo para pensar. Cediendo a los combinados ruegos de Elena y tía Luisa había consentido en salir del colegio, en donde se había refugiado convencida de que Alexis por alguna razón inexplicable para ella, se había alejado definitivamente de su lado. ¿Por qué no la quería? ¿Por razones de estado? Lo ignoraba. Pero lo que había sufrido no era para contar. Destrozada su alma por la desilusión, le había parecido que se hundía en el fondo de un pozo lúgubre en donde una angustia infinita la ahogaba. Las obsesiones más disparatadas atormentaban su cerebro: deseaba morir como una de sus heroínas, de amor, o cuando menos enclaustrarse para siempre en el convento con su prima María. La esperanza de que algún día aparecería Alexis y le explicaría su extraña conducta, la detenía

y la alentaba. Quizás todo se debía simplemente a un mal entendimiento, y con sólo dos palabras se esfumarían sus penas.

Desolada pasó largas horas de hinojos al pie de la imagen de la Virgen, en la capilla del Colegio, rezando con fervor, mientras sus ojos se inundaban de lágrimas. ¡Cuántas veces no se inició en su boca una súplica, un ruego a su Santa Madre para que le trajera al ingrato! Nunca la pronunció porque su innata dignidad la detenía, y al recordar las acusaciones de Elena—¡Que se vaya muy lejos! ¡Que no vuelva jamás—murmuraba llorando y con desesperado esfuerzo lo desterraba por unos minutos de su pensamiento.

Cuán distante se sentía de aquella ilusa e incauta niña que había salido hacia cinco meses de su hogar creyendo conseguir ventura con sólo viajar y que bastaba encontrar un príncipe para ser feliz.

La voz de Elena cortó su pensamiento.

—¡Qué horror!—le decía—. ¡Si esto sigue vamos a caer muertas de cansancio!

Y con malicia agregó:—¡Tu tía sí que se las trae! ¡Yo creo que hasta se le olvidó que es casada!

Ysabel se volvió para mirar a Julieta y las palabras de resentimiento con que iba a reconvenir a su amiga, se helaron en su garganta.

—¡Julieta! ¡Julieta!—exhaló con estupor—  
¡No, no puede ser!

Estupefacta no podía creer que fuera cierta la escena que a sus ojos se ofrecía. Julieta sostenía un bombón entre sus labios y un señor gordo, calvo y de gafas, extendía los suyos para quitárselo en un beso. Sonriente y satisfecho, con expresión de niño engolosinado, el caballero le entregaba después un grueso fajo de billetes.

El público aplaudió clamorosamente. Ebria de gozo por el éxito de su invención, Julieta llamaba ahora por su nombre de pila a un conocido millonario.

—¡Bill! ¡Billy!—le gritaba riendo—¡ven acá, cómprame una caja de bombones en mil dólares y te daré un beso!

No se hizo de rogar. Y ante las miradas regocijadas de la multitud, Julieta le ofreció sus labios y él ni lerdo ni encogido le plantó un sonoro beso. Luego vió a Ysabel y entusiasmado se acercó a ella gritándole:

—¿Cuánto por un beso, *blondie*?

El espanto la dejó inmóvil por unos instantes. Con un gesto de altivez intentó enseguida apartarse de su lado; pero el millonario seguía empeñado en besarla, con la persistente necesidad de los borrachos.

—¡Mil... dos mil... cinco mil dólares por el beso de una venus... por un beso de la mujer más bella del mundo!—gritaba.

Pálida como una muerta, lo veía Ysabel acercarse, paralizada por el terror.

La abrazó groseramente, mientras trataba de levantarle la barba y forcejeaba por besarla.

Roja de vergüenza y de rabia, Ysabel bajaba la cabeza luchando por soltarse, cuando de pronto se sintió libre y vió que el atrevido salió rodando por el suelo...

—¡No es justo... no es justo!—vociferaba el público siempre dispuesto a divertirse—¡Es para la Cruz Roja... para los huerfanitos...! Si él no quiere que besen a su novia... que pague los cinco mil dólares.

Ante el asombro de la concurrencia Alfonso, que tan oportunamente había llegado en auxilio de Ysabel, sacó su elegante billetera y con gesto despectivo tiró unos cuantos billetes sobre el mostrador.

Estaba lleno de ira como si alguien hubiese injuriado en su presencia a la Virgen María. Se acercó solícito a Ysabel que hacía desesperados esfuerzos por no llorar, mientras trataba de beber agua de un vaso que le sostenía Elena.

—¡Ven!—le dijo—vámonos a casa.

\*

Doblegada por un hondo malestar Ysabel no despegaba los labios, mientras corría la elegante *limousine* por la Quinta Avenida. No era tan sólo por lo que le había sucedido a ella que

sufría, sino también por la manera de ser de Julieta que hacía ya días la venía preocupando.

Para disipar su tristeza Elena le hablaba sin cesar de mil asuntos triviales; pero no lograba distraerla de sus pensamientos.

Callado, Alfonso la contemplaba con embeleso y se juraba ser su más resuelto protector.

Es demasiado pura y sensible, se decía, en tanto lo invadía un sentimiento de ternura, un deseo vehemente de estrecharle las manos y pedirle que consintiera en casarse con él para dedicarle la vida a labrar su felicidad. Pero no estaban solos y sus labios permanecieron cerrados.

Murmurando algunas palabras de excusa Ysabel subió rápidamente las escaleras que conducían a su alcoba. Elena la siguió presurosa, preocupada por su evidente malestar. La encontró reclinada en un sillón. Mortal palidez desfiguraba su rostro, respiraba con dificultad. Creyendo que Ysabel se moría, pidió que trajeran un doctor, con gritos de terror que alarmaron a toda la casa. El médico los tranquilizó con su dictamen. No es nada grave, declaró; una leve molestia cardíaca agravada sin duda por alguna crisis nerviosa, era la causa de su postración. No hacía falta avisar a sus familiares.

Al día siguiente, inquieto Alfonso por el estado de salud de Ysabel, subió a las habitaciones de Elena.

Fuera hacía un día brumoso y frío; helado vendaval ululaba entre los altos edificios; caían grandes y blandos copos de nieve, presagio de fuerte tempestad. En marcado contraste apreció Alfonso el acogedor ambiente del saloncito de música. Luces suaves, veladas por sombras de seda color marfil, disipaban la penumbra de la tarde invernal; bellas rosas de corola de oro, en exquisito búcaro sobre el piano, esparcían por la estancia delicado aroma.

Lucía Ysabel bella como nunca. El tono verde-mar de su traje realzaba el esmeralda de sus ojos e intensificaba el brillo de su espléndida cabellera, tendida sobre sus hombros. Suavemente dejaba correr sus afilados dedos por las teclas, mientras con voz apenas perceptible entonaba una canción de extraña melodía:

Pale hands I love, beside the Shalimar,  
¿Where art thou now, who lies beneath thy spell?

Como embrujado permaneció Alfonso inmóvil unos instantes en el umbral. Luego se acercó a saludarla y se quedó apoyado sobre la tapa del piano mirándola extasiado como si fuera una visión celestial.

Turbada Ysabel por esta persistente contemplación no sabía qué decir y ruborosa daba vueltas entre sus manos al cinturón de su traje.

¡Es lo más perfecto que existe, pensaba Alfonso, y cómo aumenta su belleza el rubor que colorea su rostro!

—¡Qué voz tan seductora tienes... la verdad es que siempre hablas como si cantarás!— le murmuró él.—¿Hablan así todas las de tu tierra, con esa cadencia melodiosa que da la impresión de una caricia?

—No sé—dijo ella con timidez—. ¿Usted cree? No me había fijado...

—¿Oye—le preguntó él impulsivamente—: por qué me hablas siempre de usted? ¡Uy, con tanto respeto! ¿Tan viejo me encuentras? Creía que ahora éramos buenos amigos y en Cuba los amigos siempre se tratan de tú... ¿Quieres?

Le hablaba con un tono suave, pausado, como quien convence a una niñita.

Ella no le contestó y él prosiguió:

—¿Dime por qué te fuiste al colegio tan inesperadamente y luego no querías volver a salir ni ver a nadie? Hacías penitencia por tus gravísimos pecados o es que pensabas profesar?

Ella, desconcertada, le preguntó a su vez lo primero que se le ocurrió:

—¿Es verdad que en Cuba son muy atractivas todas las mujeres?

—Algunas lo son—repuso él sonriente—pero la que a mí me encanta sobre todas las cosas no la encontré allá. ¿Sabes tú quién es? —le preguntó mirándola intencionadamente.

—*Well, my dear children! ¿Qué es esto?*— exclamaba Elena desde la puerta, poniendo el gesto de institutriz severa; pero en el fondo muy complacida.—¿De cuándo a acá se le permite al lobo malo y feroz venir aquí en busca de mi ovejita?

\*

—¡Es un hombre enigmático y extraño!— terminaban por decir, con despechado encono, cuantas mujeres tenían trato con Alfonso.

Y en realidad era difícil de comprender su carácter complicado que a ratos parecía de neurasténico y en otros lo mostraba como hombre galanteador, correcto, jovial y amigo de colmar a sus amistades de atenciones y obsequios.

Quizás un psicólogo habría encontrado la razón de la desconfianza que lo dominaba, en un incidente desagradable con una mujer de quien estuvo locamente enamorado, que había dejado impresa en su ánimo, desde su juventud, la obsesión de que su inmensa fortuna magnetizaba el corazón de las mujeres y hacía imposible que lo quisieran con verdadero amor y desinterés. No influyó poco en crear esta obsesión su madre, viuda desde muchos años, quien subconscientemente rechazaba la idea de que pudiera abandonarla el hijo de sus predilecciones, y se había dado maña para deshacer sus juveniles amoríos, fomentando en su temperamento impresionable este recelo.

—Hijo mío—le decía con frecuencia—eres muy rico y las mujeres de este tiempo se han vuelto muy interesadas. Debes ser más cauto y no dejar que tus sentimientos demasiado delicados te hagan entregar así no más tu corazón, para que no te expongas a que se case alguna contigo sin amor, atraída nada más que por tu dinero.

Se había propuesto desde entonces no tomar en serio a ninguna mujer, y mariposeando de flor en flor podía haber declarado como el antiguo cantar:

Me gustan todas, me gustan todas,  
me gustan todas en general.  
Pero la rubia, pero la ñata,  
pero la crespa me gustan más...

No había contado con el amor, mágica alquimia que todo lo transforma.

En las calles de Nueva York rugían los recios vendavales de finales de un crudo invierno. Continuas y fuertes tempestades de nieve cubrían la ciudad de blanco manto, obstaculizando el tráfico; pero en el corazón de Alfonso reinaba la primavera, florecían los campos; blandas brisas susurraban entre los cerezos en flor, regando el verde césped de pétalos rosados; pajarillos de vistoso plumaje revoloteaban entre las ramas trinando la maravilla de su amor.

Sus familiares observaban con burlona hilaridad los pormenores de esta inaudita mudanza, desde que Alfonso se había confesado loco de remate por Ysabel y formal pretendiente a su mano.

—¡No hay otra como ella; es única!—les decía a cada instante, con cara de hipnotizado.

Con esa humildad del verdadero cariño, se sentía indigno de esta casta y adorable niña. A su lado se sentía de nuevo como aquel adolescente ingenuo, pleno de ideales e ilusiones, que había despertado un día ya muy distante a la poesía del amor. Se trasladó a una región sublime y haciendo gala de firme resolución, rompió hasta el último lazo de sus antiguos amoríos, y con el mismo entusiasmo de su juventud se dedicó a conquistar el cariño de Ysabel, sin abrigar la menor duda de conseguirlo; pero a medida que pasaba el tiempo se convencía más y más de que no le sería muy fácil lograrlo.

Verse objeto de tantas atenciones, saberse escogida por Alfonso y envidiada por las que tanto había ambicionado superar, fué para Ysabel un bálsamo milagroso que sanó la herida abierta en su alma por su desgraciado amor a Alexis. Ya casi ni se acordaba de su anterior desengaño y jubilosa se encontraba la favorita de un destino que le brindaba el más brillante porvenir. ¿Por qué entonces, cada vez que Alfonso

le suplicaba que consintiera en formalizar su noviazgo un indefinible y oscuro presentimiento la inhibía para acceder a sus ruegos? No sabría decirlo. Pero, más fuerte que su voluntad, ese extraño sentimiento se interponía en el camino de su felicidad.

¡Ah, cómo engañan los sonrojos de las mujeres!

Porque ahora, mientras Ysabel con la vista baja parecía escuchar con timidez alguna de sus galanterías y Alfonso embobado admiraba el delicado rubor que velaba su semblante, se habría horrorizado si hubiese podido leer en su mente y ver el cuadro que con sutil habilidad había pintado Julieta en la imaginación de su sobrina: los trazos de un Alfonso de aquí a pocos años, viejo, calvo y cojijoso, igualito en todo al tío Jaime.

La resistencia de Ysabel era un incentivo para el amor de Alfonso, quien pagaba ahora con creces todas sus anteriores veleidades.

Por fin, desesperando ya de conseguir la respuesta que anhelaba, acudió a Elena a exponer sus quejas y pedirle su apoyo.

Molesta le había contestado:—¡Mira, conmigo no cuentes; Ysabel está que no la conozco! Ya ves que sin hacer caso de mis ruegos se fué a casa de su tía Luisa y desde que tú la cortejas inventa cada día un nuevo pretexto para no volver a pasar ni un día conmigo... Ya tanta

gazmoñería me fastidia.—Y a pesar del inmenso afecto que profesaba a su amiga, terminaba por tildar su conducta de inexplicable, caprichosa y obstinada.

—¿Qué más quiere?—se decía, razonando inesperadamente como doña Leonor.—Otro que ofrezca mejores ventajas, no lo ha de conseguir, pues aunque es bastante mayor que ella, su porte distinguido y su trato tan gentil hacen olvidar sus años.—Pero en el fondo se decía: Tiene razón Alfonso, Ysabel es única. ¡Miren con qué habilidad ha sabido adueñarse de la voluntad de este pica-flor!

\*

Como enjambre de lindas mariposas invadieron Elena y su *entourage* el salón de exhibición del *atelier de haute couture* de la afamada Mme. Amelie Dummonte, conocida entre sus parientes y amigos con su verdadero nombre de Raquel Malinsky.

Con exagerados y pacientemente adquiridos gestos e interjecciones parisienses, voló Madame a saludarlas.

—¡*Oh mesdemoiselles, échanté de vous voir. Un minute... deux minutes, et nous serons...*

El hecho de que Mme. Amelie, en persona, se ocupara hasta del más ínfimo detalle del *trousseau* de Elena, el afanoso ir y venir de todo el personal, el ambiente de expectación, la

inusitada amabilidad de las ondulantes *manequies* y *vendeuses*, proclamaban a gritos la importancia de la novia, la de su futuro esposo y demás miembros del cortejo nupcial y sobre todo el fabuloso monto de la cuenta que pagaría Mme. Dorgan.

Mientras, asombrada, admiraba Ysabel en silencio el discreto y a la vez suntuoso decorado de este establecimiento, verdadero templo dedicado al culto de la Diosa Moda, sus compañeras, con el desenfado que les prestaba la costumbre, corrían de aquí para allá, expresando su opinión en voz alta, metiendo sus encantadoras naricillas en todo y charlando en condescendiente familiaridad con las empleadas.

Hacía justamente un mes que Elena, dándole un sorpresón a su madre del cual aún se sentía atarantada esta encopetada dama, había mandado a paseo al pobre Walter, y siguiendo el ejemplo de su hermana mayor, ya Duquesa de Borcestershire, había escogido un novio de sangre noble también.

Su prometido era nada menos que un conde. Un conde arruinado, es verdad; pero ya se encargarán los millones de la casa Dorgan de restituir todo el esplendor de antaño a este heredero de nobles pergaminos y de restaurar los antiguos castillos y palacios traspasados de generación a generación a través de los siglos.

Ya estaban los abogados de ambas partes

ocupados a toda prisa—no fuera a ser que Elena, con su acostumbrada volubilidad, cambiara de parecer—, en arreglar los documentos de la crecida dote que pagaría Mr. Frank Dorgan para que su hija adquiriese el derecho de ostentar una corona condal, se tratara familiarmente con un sin fin de nobles, algunos tan aruinados como su pretendiente, y se llamase en el futuro la señora Condesa de Chateaupriel.

Por su parte doña Leonor ponía en juego su energía y sus inmensos recursos para apresurar los preparativos de la boda que debería efectuarse dentro de tres semanas.

Discreta y elegante, una bella empleadita murmuró cuatro palabras al oído de Mme. Amelie.

—*Quand vous voulez, Madame... Nous sommes prêts*—dijo a la señora Dorgan la afamada modista.

Asintió doña Leonor con ceremonioso ademán y entonces Mme. Amelie, con toda la propopeya de un chambelán de la Corte del Rey Sol, 'dió la orden:—*Commencez!*—Y en medio de cuchicheos y alborozadas exclamaciones de admiración empezaron a desfilas las atractivas e insinuantes *manequies* sobre la tupida alfombra color champagne.

En una pausa, se oyó la voz de Elena que decía:—Sí, pasaremos la luna de miel viajando por los Estados Unidos. Después me llevará

Raoul a Normandía a conocer a su familia. Más adelante, al iniciarse la temporada invernal, iremos a Londres. Como ustedes saben, mi hermana Dianne me espera para presentarme en la Corte de St. James's.

La sonrisa que iluminó el rostro de Elena proclamaba la satisfacción con que se veía, con tres plumas en la cabeza y arrastrando larga cola, haciendo ceremoniosas genuflexiones ante los soberanos del Imperio Británico.

—¿Deveras?—murmuró una lánguida y desteñida rubia—; pues ahí nos encontraremos. A mí me presenta nuestro Embajador...

—¡Uy, qué fastidio!—la interrumpió una viaracha peli-roja—; yo sí que no resisto esas aburridas y estiradas ceremonias. ¡A mí me enloquecen los deportes! Unos días después de tu boda partimos para Wimbledon. ¡Me muero por los campeonatos de *tennis*!

—¿Y qué me dices de las carreras de Longchamps, las noches en París...?

—¡Ah, París!—exclamaron todas a un tiempo, entrecerrando los párpados con deleite, al evocar los encantos de su ciudad favorita.

Mientras tanto, Ysabel no pronunciaba palabra. Sentía honda depresión. Los deslumbrantes aderezos, los regalos magníficos que a diario recibía su amiga; la maravillosa exhibición que acababa de presenciar; los preparativos todos para este matrimonio que haría eco en el mundo

entero, la tenían trastornada. Quería sinceramente a Elena y no obstante sentía cierto escozor por no ser ella la que se preparaba con tan singular esplendor para un porvenir que juzgaba sin igual.

De su absorción la arrancó la voz de Eugenia de la Barra.

—¡Oye, Ysabel! ¿Y a tí qué te gusta más: Londres, París... o Haití?

Ya mortificada Ysabel por esta conversación sobre lugares y acontecimientos desconocidos para ella, se sintió ahora, al comprender la intención de Eugenia, enfurecida y del tamaño de un alfiler. No contestó, sin embargo, haciéndose la que no había oído.

De pronto sonrió. Un pensamiento feliz había cruzado su mente. Un hombre que me quiere y a quien yo... ¡sí, yo lo adoro...! pone el mundo a mis pies. ¿Qué espero entonces? Lástima que ayer se fuera a uno de esos fastidiosos viajes... Le escribiré... No, prefiero esperar que vuelva... será cuestión de diez días. ¿Y Julieta, que me dirá? Hace ya algún tiempo que parece haberle cogido tirria a Alfonso... ¡Tan rara esa mujer...! Ah, qué fastidio tener que ir a su casa dentro de un rato! ¿Pero cómo negarme, si hoy cumple años tío Jaime?

Al entrar al pequeño y coqueto vestíbulo del apartamento de sus tíos, vió Ysabel un espléndido ramo de magnolias que colocado al fondo, sobre una mesa, se reflejaba en un inmenso espejo con marco de reluciente y bruñida plata. Esparcía hacia su derredor un perfume penetrante y dulcete. Se detuvo a aspirar este aroma y desde ese día jamás pudo volver a sentirlo sin experimentar el mismo desconcierto que en aquella ocasión.

Una voz que por el momento no pudo identificar decía:—Es inútil cuanto intentes. Alfonso no es hombre que se asusta fácilmente...

Llena de curiosidad y sin sentir el menor escrúpulo, al oír aquel nombre se dispuso a escuchar.

Por la puerta entrecerrada pudo ver a Julieta y a Natacha sentadas en un diván y medio vueltas de espaldas, que tomaban el té. ¡No sabía que hubiera regresado Natacha! ¿Habría vuelto también Alexis?, se preguntó, sintiendo que se le contraía el corazón.

Su apariencia de dos amigas conversando en armoniosa confianza no estaba de acuerdo con sus palabras.

Con una risita forzada, como arpeggio desafiado, decía Julieta ahora:—Creía que eras mi amiga, pero si no quieres ayudarme, no hay más que hablar...

—Por el contrario—le replicó Natacha con decisión—tengo mucho que decirte y lo haré con toda franqueza. No llevaré tu mensaje porque no lo creo digno de tí. Si Alfonso, como tú misma confiesas, no contesta tus cartas y se niega a salirte al teléfono, no creo que debas seguir persiguiéndolo y mucho menos enviarle amenazas. Ciertamente no me explico cómo puedes prestarte a un papel tan humillante y...

—¿Te ha mandado aquí para que le sirvas de abogado?—la interrumpió vivamente Julieta con tono agrio e hiriente.

Natacha le contestó conciliadora:—Bien sabes que ese no es su modo de ser. Como cosa exclusivamente mía, por evitarte graves disgustos... y también... créeme... por el cariño que tengo por tu sobrinita, a quien tú pareces querer tan mal, te repito que lo mejor sería que renunciaras a tu ciego empeño. Me consta que Alfonso está absolutamente ilusionado con Ysabel, y por lo menos, mientras le dure ese capricho, es inútil cuanto intentes. ¡Convéncetel! Lo tuyo se acabó. Te aseguro que Alfonso solamente se interesa mientras la liebre corre. Oye el consejo de una buena amiga... dalo por terminado; en lo que menos piensa Alfonso es en sus viejos amores... ¡Si lo sabré yo...!

No quiso Ysabel, no pudo más bien, continuar escuchando. Herida hasta el fondo de su alma se sintió morir de tristeza y desencanto.

Le parecía imposible que hiciera apenas media hora que, feliz e ilusionada, se había separado de Elena.

De puntillas, cuidando de no hacer el menor ruido, salió del apartamento y sin saber ni cómo, llegó a la casa de tía Luisa y se echó sollozando en sus brazos con tales muestras de aflicción que la dejó medio muerta del susto.

No le explicó la causa de su dolor. En medio de un raudal de lágrimas no hacía más que repetir que debía regresar a Costa Rica cuanto antes. ¿Cómo acceder a los ruegos de tía Luisa y contarle el motivo de su pesar? ¿Cómo decirle que había descubierto unas verdades horrendas, que Alfonso era un pérfido y Julieta una malvada?

A pesar de sus pretensiones era una ingenua e impresionable criatura, sin pizca de experiencia ni de desenfado, formada en un ambiente austero, y no pudo menos que sentirse horrorizada ante revelaciones que la hacían considerar a Alfonso y a Julieta casi como a dos demonios.

La había herido doblemente que fuera justamente el hombre que la cortejara quien abusando de la confianza y de la amistad que le brindara su tan querido tío, le hubiese inferido una ofensa tan grave.

Buscando alivio para sus maltratados sentimientos ansiaba regresar a su hogar, sentirse

muy cerca de los suyos, al amparo de sus padres, de mamita Mercedes, de tía Eloísa, gentes sencillas pero de conducta limpia, incapaces de cometer actos viles, de engañar a nadie, de ofender a Dios.

—¡Pobrecito tío Jaime!—se decía, considerando en medio de su gran dolor, mientras lloraba con acrecentada pena.

Se sentía sin fuerzas para verlo. ¿Qué hacer? Se le ocurrió, como última solución, inventar que tenía un extraño presentimiento de que en su hogar de Costa Rica iba a pasar algo muy grave, y que debía regresar inmediatamente porque en otra ocasión le había ocurrido lo mismo.

Al ver tan alterada a Ysabel, temió tía Luisa que pudiera enfermar de nuevo y juzgando además y a pesar del inmenso cariño que sentía por ella, que ya había sufrido suficientes inquietudes por su cuenta, aprovechando el hecho de que en esa semana partía para Costa Rica una familia amiga, con su acostumbrada eficiencia arregló el viaje de Ysabel y la embarcó con ella.

\*

Al regresar Alfonso a buscar a Ysabel se enteró con sorpresa que había partido inesperadamente para Costa Rica y que los señores O' Malley se habían marchado a pasar una temporada en el Canadá.

No pudo Elena darle razón de tan súbito e intempestivo viaje, limitándose a entregarle una lacónica cartita de su amiga, y decirle: Como verás, dice que me escribirá dándome detalles; pero todavía no he recibido ni una letra.

Fué Julieta, a quien visitaron esa noche, la que les dió, a su modo, la clave del misterio.

—Ya saben,—declaró, con una sonrisa enigmática—que mi sobrinita es una criatura muy rara. Cuando la mandaron aquí fué para quitarle su obsesión de hacerse monja; pero ya ven... en enero, cuando más feliz la creíamos, se encerró en un colegio negándose a recibir todos sus amigos. De cuando en cuando le da esa taranta. Parece contenta, reconciliada con la vida; pero enseguida la domina de nuevo esa idea fija, persistente, de profesar, que es ya casi una locura desde que murió Joaquín, su novio, el único de quien la he visto verdaderamente enamorada.

Con un mohín que recordaba el del gato que se comió al canario, terminó, dulcificando la voz:

—Créeme, Alfonso, lo que te digo es por tu bien. ¡Olvídala! Será inútil cuanto intentes por conquistarla. Bajo ese exterior de niña alegre y viva es una completa neurasténica. Es cuestión de herencia. Si quieres convencerte te bastará indagar y verás que en su familia ha habido muchos... bueno, excéntricos...

Dos sentimientos lucharon entonces en el

alma de Alfonso. Su amor, el único verdadero que había sentido desde los días de su juventud, lo impulsaba a luchar por Ysabel, a buscarla, a asediarla, a convencerla de que había nacido para él, de que sólo siendo su esposa podía ser feliz y hacerlo dichoso. El misticismo innato de su alma latina lo detenía gritándole que si Ysabel había sido llamada a servir a Dios, él cometería un sacrilegio intentando siquiera disuadirla de su empeño. Pensó escribirle unas líneas, unas pocas frases sencillas de fraternal afecto; pero al tomar la pluma, palabras ardientes de encendido amor, súplicas desesperadas acudían a su mente, y resuelto a no dar cabida en su pecho a este cariño que ya consideraba sacrilego, para distraer y borrar de su memoria el recuerdo de Ysabel, resolvió viajar.

En Cuba intentó iniciar una aventura vulgar con una atractiva y famosa bailarina de *jazz*, y más tarde distraer sus penas con una sensual y frágil dama; pero todo fué en vano: ya no era el mismo de antes y el recuerdo de Ysabel lo perseguía sin cesar. Una fuerza irresistible lo atraía hacia Costa Rica. Su orgullo herido y su resolución de no luchar contra los designios de Dios, lo hicieron regresar a Nueva York en donde por lo menos tenía con quién hablar de ella. Al llegar no más telefoneó a Elena, quien lo invitó a almorzar con ellos en la moderna y lujosa mansión que habitaba con su conde.

Largamente hablaron de mil trivialidades, del peligro de una guerra que ya parecía perfilarse, de su próximo viaje a Enropa. Y cuando servían el postre, desesperando de que Elena le nombrara a Ysabel, le preguntó si sabía algo de ella.

—No mereces que te cuente nada—le contestó su prima, quien presumía por cierta alusión de Natacha, que su amiga se había alejado resentida por alguna barbaridad de este veleidoso. Y con malicia muy femenina añadió:—Sí, hace días recibí carta de ella y me dice de su contento porque al fin se cumplirá su deseo de casarse con su novio de siempre, con el que estaba comprometida antes de venir a Nueva York. Parece que se habían distanciado por alguna tontería; ya se arreglaron y están haciendo preparativos para la boda.

Sintió Alfonso como si una daga fría le hubiera traspasado el corazón y haciendo un esfuerzo de voluntad cambió de conversación. Al poco rato se despidió pretextando una fuerte jaqueca.

Marchaba por la calle cuando recordó que el novio de Ysabel, el único que había tenido, según ella misma le había contado, había muerto en el terremoto de Cartago. No lo entendía; pero el hecho era claro. Por alguna razón inexplicable, tanto Elena como Julieta lo querían mantener engañado con respecto a Ysabel.

Se acercaban los días grandes de la Semana Santa, y grupos de señoras devotas de todo el país dedicaban sus horas a preparar, ya el más bello Monumento del Jueves Santo, ya la más hermosa ceremonia del Encuentro o la más imponente Procesión del Santo Sepulcro.

Desde luego que Eloísa era parte integral de estas actividades, y no se daba punto de reposo. Vivía, desde la muerte de doña Magdalena, en una casa chirrisquítica, acompañada tan sólo por su gato, su canario y su lora—la misma lora, más vieja y más fea, que se había salvado en el terremoto—y por Chela, la entregadita que hacía todos los oficios y aún tenía tiempo para sacarle canas con sus debilidades por los soldados y los policías.

Se había hecho cargo ese año de arreglar el Monumento de la iglesia del Carmen y organizar las procesiones del Viernes Santo, y sin grandes esperanzas de conseguirlo había pedido a Ysabel que la ayudara a salir del berenjenal en que se había metido.

Fué grande su sorpresa al recibir de su sobrina una respuesta inmediata y favorable. ¡No había regresado, pues, con los defectos que tanto había temido que adquiriese mientras vivía entre aquellos machos! Y aún más, con el natural buen gusto que su viaje había estimulado, plan-

teaba ahora a su tía mil proyectos diversos para hacer del Monumento del Carmen y de las procesiones del Viernes Santo los más comentados eventos del año.

Al verla tan afanada y tan devota de las cosas de Dios, la tía Eloísa se sentía inmensamente satisfecha.

Pero no era tan sólo la devoción lo que movía a Ysabel. Alentaba, sí, la secreta ilusión de que su Virgencita agradecida le concediera el milagro que tanto le había pedido, si se dedicaba ahora con fervor a servir a su hijo. Más que eso la impulsaba el afán de distraer su tedio, de ocupar su mente y su tiempo para no dar oportunidad a su imaginación de retroceder hasta los días alegres que había vivido, y recordar las horas tristes que los siguieron.

La dominaba un hondo desconsuelo. No tenía noticias de Alfonso. Había alimentado la esperanza de que al no encontrarla, le escribiera para saber de ella. Pero pasaban los días y no recibía una letra siquiera.

¡Soy muy desgraciada, se decía, más, mucho más, que cuando no había salido de Cartago! ¡Entonces todavía alentaba ilusiones, entonces no tenía ningún pesar que me corroyera el alma como si fuera un cáustico! Ya se ve que soy una gran tonta, nacida para que se burlen de mí... Bastante me lo advirtieron, que no le hiciera caso a ese falso! ¡No volveré a pensar en

él! ¡Jamás volveré a dedicarle ni un minuto siquiera!

Y al momento ya estaba cavilando otra vez, y se preguntaba sin cesar: ¿Qué habrá pensado... qué habrá hecho cuando regresó a Nueva York y no me encontró?

Hacía mil conjeturas encontrando cada vez más extraño que Alfonso, que la había cortejado con verdadero empeño, no hubiera hecho el menor intento por recobrarla.

¡Ni falta hace! —se decía con arrogancia, pasando del más hondo pesar a la más recia altivez.—¡De ninguna manera lo aceptaría ya!

Pero punto y seguido se le llenaban los ojos de lágrimas.—¿Por qué me enojé tanto? ¿Por qué huí de Nueva York? ¿Por qué en el mismo momento de ver colmados mis más caros anhelos me distancié con tanta precipitación para desesperarme ahora cuando ya no tiene remedio lo hecho?

¡Hasta Elena me ha abandonado! —se dijo en el colmo de la desolación.—¿Estará ofendida por mi repentino alejamiento en vísperas de su matrimonio, dejándola sin dama de honor...? Después de todo yo le escribí pidiéndole excusas.

Y volvía a sus lamentaciones: ¡Qué incomprensibles son los hombres...! ¡Qué odiosos! Mil veces mejor me hubiera ido si me encierro en un convento con María.

Así se atormentaba un día tras otro, revol-

viendo el puñal en la herida. Por eso acogió con tanto entusiasmo la petición de su tía Eloísa que le brindaba el medio de huír de sus recuerdos; y con ahinco dedicó desde entonces todas las horas del día y algunas de la noche a preparar las místicas festividades.

Rendida por la ardua labor de organizar los últimos detalles terminaba de vestirse Ysabel en la tarde del Viernes Santo, cuando oyó la voz de su madre, doña Margarita, llamándola desde el zaguán.

—¡Ydial, mi hijita... precítese o nos coge tarde para ver la procesión!

Salió de su alcoba a unirse con ella y con tía Eloísa y las tres dirigieron sus pasos a la residencia de doña Eusebia de Barrantes, que habitaba una casa de alto estratégicamente situada en una esquina diagonal a la Catedral.

Abriéndose paso con dificultad por entre la compacta muchedumbre que corría presurosa a presenciar el piadoso espectáculo, se acercaron al templo. Toda la ciudad parecía invadida de un místico fervor, el aire estaba impregnado de incienso. Sobre el empedrado de las calles no corría ningún vehículo, ni los álitos usuales de la vida urbana profanaban el silencio de aquella tarde de Abril. De luto todas las mujeres, de luto también los varones, a pie se dirigían, desde el caballero y la dama de más alta alcurnia hasta los de vida más humilde, a

tomar parte en la procesión del Santo Sepulcro.

Cuando entraron al salón de doña Eusebia ya estaba invadido por parientes y amigos de la familia que en medio de una gran algazara iban llenando los balcones que lo rodeaban.

Las recibieron con profusión de besos y expresivas frases de elogio:

—¡Ah viejillas más hábiles! ¡Qué Monumento más soberano les quedó en el Carmen.

—¡En mi vida he visto nada más precioso... el sol de luces... la profusión de flores... todo el conjunto, simplemente maravilloso...

—¿Y qué les pareció el Huerto?

—¡Ay, divino, soñado...! Sobre todo esa idea de poner al ángel como saliendo de entre nubes a ofrecerle una copa de oro a Jesús...

—¡Adió!—contestaba Eloísa disfrazando su regocijo con un gesto púdico, de exagerada modestia—. Si apenas se hizo lo que se pudo...

Continuaba la algarabía:

—¿Es verdad que los apóstoles de este año van en andas?

—¿Qué les parece? Ocurrencias de Ysabel. Y las Siete Palabras también. ¡Van a ver qué lindas! Ya no irán como antes, con el vestido de dominguear y mantilla de encaje negro, sino de ángeles, con alas, todas de blanco.

—¿Cómo hiciste para conseguir alas? A mi sobrina casi no la sacan este año porque el hombre que las trae de Liberia, dice que cada

día están más escasas las garzas y apenas trajo cuatro. No quería dar ni una porque las traía contratadas. Si mi hermana no se le planta, se queda la pobre chiquita con los crespos hechos.

—¿Adivinen cómo nos arreglamos?—preguntó Eloísa con cara de plácemes.—¡Bueno, mejor les digo... otra invención de Ysabel! Las hicimos de papel crepé y...

—¡De papeeé!—exclamaron todas a la vez, en el colmo de la estupefacción.

—¡Pues sí, de papel, y ya verán qué divinas, mejor que las de verdad...

Una voz que llegó del balcón interrumpió su animada conversación:

—¡Vengan... corran, que ya vienen!

\*

Los rayos del sol pintaban reflejos de plata en las copas de los enormes higuerones que rodeaban el Parque Central, y filtrándose a través del espeso ramaje prestaban al paisaje una luminosidad misteriosa.

Por entre un mar humano que se apretujaba en el atrio y la gradería de la Catedral y se desbordaba dentro y fuera de la gran verja de hierro labrado que cercaba el Parque y que llenaba las calles adyacentes, avanzaba lentamente el cortejo. Las notas dolientes que desgranaba el clarín se perdían en las montañas del sur, y parecían recoger sus cerros azules

los llantos y lamentaciones de la marcha imortal que llora los duelos de la Patria.

Con paso pausado y rítmico avanzaba la procesión. Adelante, enmedio de dos ciriales, la Cruz del Redentor, llevada en alto por los monaguillos. Enseguida, sobre los hombros de robustos mozos campesinos, las andas en que venían una en pos de otra: la Magdalena, su larga cabellera suelta, en sus manos un rico vaso de oro y alabastro; la Samaritana, a la vera del pozo legendario, en su cuadril la jarra pintada de terracota; y la Verónica mostrando para admiración de las gentes el velo con la triste faz del Señor.

En los balcones de la casa de doña Eusebia cuchicheaban las mujeres y un poco menos los hombres.

—¡Qué linda está Susanita, de Magdalena! ¡Me encanta esa combinación de túnica celeste y manto azul! ¡Cómo le luce el pelo suelto!

—¡Sí, está preciosa! Pero a mí me gusta más la Samaritana... ¡Qué lujo de vestido, me fascina ese color amaranto!

—¡Adió, fíjate en la Verónica, esa sí que está soberana! Es la menor de Trina. ¡Qué ojos! ¡Qué mirada tan expresiva, parece que deveras sintiera las tristezas de la Pasión!

Ysabel no intervenía en la conversación. Revivía en su mente la memoria de aquel Viernes Santo en que, años atrás, había representado a

la Verónica. Sentía una vez más el santo temor con que en la procesión del Encuentro, celebrada el viernes por la mañana, había visto acercarse a sus andas las que traían la imagen de Jesús con la Cruz auestas, envuelta su figura en holgado ropaje de terciopelo morado, apenas recogido al cinto por largo cordón de oro. La invadía la devota emoción con que temerosa había enjutado su rostro sudoroso, sanguinolento, de violáceas cuencas y agónica expresión. Recordaba la cruel corona de espinas que martirizaba su frente y su larga cabellera humana que ondulaba al ritmo del balanceo que imprimían a sus andas los mozos que las cargaban.

Gozaba con el murmullo de alabanzas con que la multitud celebró su propia belleza, realzada por las clásicas vestiduras hebreas y saboreaba la admiración que había provocado la inimitable gracia y majestad con que estaba segura había desplegado el blanco paño de finísimo linón, para mostrar a la asombrada muchedumbre las tres imágenes del rostro de Jesús, milagrosamente estampadas en él.

Ensimismada en sus recuerdos, casi ni oyó las exclamaciones contenidas de regocijado entusiasmo que lanzaba la multitud al contemplar la doble hilera de las andas en que venían simpáticos chacalines trajeados de apóstoles, de largas túnicas y mantos de variados colores; ni las

expresiones de admiración al pasar los ángeles, sonrosadas niñas de encrespadas cabecitas rubias o morenas que formaban encantadora sinfonía de suaves matices con sus trajecitos rosados, verdes, celestes o amarillos haciendo juego con sus alitas de papel crepé; ni el arrobamiento de la muchedumbre ante el espléndido espectáculo que ofrecían las Siete Palabras, bellas adolescentes, que desde la altura de sus andas exhibían los rectangulares pabellones de seda negra sobre los cuales aparecían escritas con letras de oro las siete frases inmortales que el Divino Redentor pronunció al despedirse del mundo y de los hombres.

Con religiosa solemnidad seguía desfilando el cortejo que la piedad de unos y la vanidad de otros había organizado para que acompañase al Santo Sepulcro en esta ceremonia litúrgica, transformando místicamente las inmediaciones de la Catedral.

La aparición del Penitenciario vistiendo rica capa de seda negra ornada de hilo de plata, cargando sobre sus hombros la medieval y simbólica Vexila roja y negra que esa misma mañana había hecho pasar sobre los cuerpos postrados de los Canónigos, indicó a Ysabel y sus compañeros que ya se acercaba, conducido por los más encopetados caballeros de la ciudad, el magnífico sepulcro de oro y de cristal en que había sido colocado, sobre lujosos al-

mohadones de raso blanco rematados por fina blonda, el Cuerpo yacente del Divino Redentor, su demacrada figura apenas velada por vaporoso velo de tul.

En doble fila, los mayoristas y los padres del Clero menor, de negra sotana y blanca sobrepelliz, precedían a los Canónigos de sotana morada, formando armonioso conjunto que cerraba la figura venerable del Obispo de la diócesis con su mitra dorada y su ancha y suntuosa capa primorosamente bordada. Tras ellos, el incensario movía de un lado a otro su braserillo de plata, impregnando al ambiente con suave y místico aroma.

Con lento y rítmico vaivén avanzaban el Santo Sepulcro ya de vuelta para entrar de nuevo a la Catedral, en donde colocado sobre lujoso catafalco sería velado toda la noche. Presentaban armas a su paso los soldados apostados en las puertas del cuartel principal, e hincaban su rodilla en tierra los hombres y las mujeres que lo miraban pasar, en tanto que otros por centenares lo seguían, embargados por santo fervor.

Tras El venía la Dolorosa, trágica imagen, con honda aflicción pintada en su lindo rostro. Sus ojos arrasados de lágrimas. Ricos bordados en hilo de oro recamaban su traje y amplio manto de terciopelo negro. De sus afilados dedos pendía un pañuelito de fino encaje que os-

cilaba al compás del paso de linajudas damas y humildes mujeres quienes unidas por el amor a la Santa Madre de Dios se alternaban para cargarla.

La imagen de San Juan, el discípulo amado, señalando hacia el cielo con mano temblorosa, cerraba el desfile.

El Santo Sepulcro entró a la Catedral. El cortejo escoltando a la Dolorosa descendía por la cuesta hacia la Soledad. Como eco lejano se escuchaba apenas la lúgubre melodía que lo acompañaba.

El sol se hundía tras las montañas bañando con tristes celajes la tarde abrilena. Sobre la explanada desierta el viento de la tarde sacudía con fuerza las ramas de los higuerones.

—¡Ves, Eloísa, yo siempre te lo dije—le murmuró doña Margarita—que no había más que darle un tiempito a Ysabel! ¡Ahora no te podrás quejar de ella! ¡Mirá: está de lo más hacendosa, madruga, va tempranito a misa y de diversiones ni se acuerda! ¡Y fijáte cómo se dedicó a ayudarte y cómo te hizo quedar de bien con todas esas linduras que inventó!

Eloísa asentía a todo. Estaba encantada con su sobrina. Ambas suspiraron con satisfacción. Se sentían más orgullosas y ufanas de las habilidades de Ysabel, que si de pronto hubiera resultado en la familia un Leonardo Da Vinci.

Tan sólo doña Mercedes no estaba contenta. Más perspicaz y maliciosa que su hija y que Eloísa, no le parecía natural la nueva manera de ser de su nieta. Lo primero que se le ocurrió, por supuesto, fué que había sufrido un desencanto amoroso.

—¡Sea por Dios!—musitaba.—¡Yo que me había hecho la ilusión de que Ysabel cumpliría sus ansias de una vida fastuosa, logrando en Nueva York un brillante matrimonio, no me conformo ahora al verla pálida, triste y dedicada con Eloísa a vestir santos! De nada me sirvió tampoco haber convencido a Rafael para que pospusiera su regreso a Cartago y recibiera a Ysabel en San José.

—¿Qué te pasa, mi hijita?—le preguntaba con frecuencia. Al oírla, el semblante de su nieta cambiaba inmediatamente y se iluminaba con una radiante sonrisa mientras con febril agitación se dedicaba a hilarle mil cuentos aparentando una falsa alegría. Mas doña Mercedes no se dejaba engañar por estas ficciones de su nieta.

—¡Qué calamidad!—se decía—que las cartas de Luisa no me den un indicio y me hablen tan sólo de esas necedades culturales en que anda siempre enredada. ¡Así nunca podré saber la verdad!

Pero un buen día al salir de misa se fué derechito a buscar a Ysabel.

—¡Mirá!—le dijo—entrando en su dormitorio como una tromba y con una profunda indignación pintada en su semblante. ¿Sabés lo que dice esa pesada de Mariana, la mamá de Julieta? Que aquí todos están extrañados de que no vinieras derecho a estrenarte y a pasear luciendo tus lindos trajes y que eso es por lo que Julieta le escribió, que a vos te había dejado plantada un novio, un tal príncipe del que estabas locamente enamorada. ¡Deveras que yo estoy creyendo que debe ser cierto, cuando te veo tan desmejorada y con cara de Virgen de Dolores! Lo que me extraña es que hayás cambiado tanto que te dejás morir por un hombre que bien se ve no vale un comino pues no supo apreciarte, y le das ocasión a Julieta de venir con cuentos. ¡Con razón yo nunca pude tragar a esa chola! ¡Y vos que me decías que yo le tenía tirria!

¡Ni para qué habló!

El enojo que sintió Ysabel desfiguró su semblante y asustó a su abuela, que corrió a abrazarla arrullándola en sus brazos como a una chiquita al ver que se deshacía en llanto.

—¡No, no, mi hijita... no llores así... Mirá, no le hagás caso a esta vieja loca... si todo es una mentira...

Pero ya Ysabel, refrenando sus lágrimas y llena de indignación le contaba la horrible historia que hacía días la estaba ahogando. No le ocultó nada: ni el comportamiento de Julieta,

ni su grosería y falsedad para con ella, ni la perfidia de su novio.

—¡Bueno... bueno... mi negrita! ¡No llores, no te desesperes por gentes que no se lo merecen! ¡Eso no tiene importancia!—le decía doña Mercedes, horrorizada por esas revelaciones; pero empeñada en aminorarlas para consolar el dolor de su adorada nieta.

Ysabel se serenó. El haber confiado sus penas a alguien que la comprendiera y le diese la razón, le había producido un inmenso alivio, calmando en algo su intensa pesadumbre. Además, ya su innato orgullo adormecido hasta entonces, se despertaba al acicate de la herida, llegando por fin en su auxilio.

—¡Adió!—se dijo envalentonada—¡Se acabó tanto jeremiqueo! ¡Ahorita mismo me pongo bien compuesta y me voy al teatro con Nanita y la semana entrante iré al baile de los dieciocho de Ester! ¡De ahora en adelante no faltaré a ninguna diversión, me verán alegre, no dirán que me muero por un hombre, y con el primero que se me declare me caso!

Y tal como lo pensó, lo ejecutó.

\*

Al aparecer Ysabel en un palco del Teatro Nacional minutos antes de levantarse el telón, la recibió un murmullo de admiración. Formaba una atractiva pareja con su hermano Pedro.

—¡Parecen Pablo y Virginia! ¡Ella delicada, blanca y rubia y él tan guapo!—dijo alguien.

Llevaba el mismo traje que había estrenado la noche del Año Nuevo en Nueva York: una sencilla túnica estilo griego de *chiffon* color durazno que realzaba el suave nacarado de su tez. Al escogerlo esa noche, al empezar a vestirse, la asaltó el recuerdo de aquella velada que se inició llena de ilusión y terminó tan dolorosa para ella. Un hondo desaliento conmovió de nuevo su corazón; pero resuelta a dominar sus penas, se dijo con firmeza: ¡Nunca, nunca más volveré a sufrir por hombre alguno! ¡Tiene razón mi Nanita: no valen todos los hombres del mundo el precio de una lágrima de mujer!

¡Qué lejanos le parecieron aquellos días felices que había pasado en Nueva York!

¡Qué tonta y crédula fuí!, se reprochó.

Muy satisfecha con la evidente admiración que provocaba Ysabel, doña Mercedes se echaba para atrás en su sillón.—¡Nunca ha estado tan linda Ysabel!—se decía.—¡Todo le luce a esta bendita muchacha, hasta el llanto de esta tarde parece haber embellecido su rostro!

Ysabel se daba perfecta cuenta de la admiración que había causado, pero haciéndose la desentendida, muy recta y muy digna, con un gesto de altivez en su expresión, dibujaba una leve sonrisa de desdén en su boca.

A sus pies se agitaba un movedizo mar, un oleaje en blanco y negro.

—¡Qué raro—dijo—, en el lunetario no hay una sola mujer!

—¡Ydai, mi hijita!—le contestó sonriendo doña Mercedes—tan machita que se ha vuelto. ¿Ya no se acuerda que aquí no se acostumbra eso?

—¡Eh, de veras, se me había olvidado!—replicó, mientras con disimulo pasaba revista a los palcos, por entre sus largas y crespas pestañas, reconociendo a muchas de sus antiguas amigas y compañeras de sus años de Sion.

—¡Ah, casi saludo a Aida, la hermana de Julieta! ¿Qué le parece, Nanita? La pobre no tiene la culpa de la perfidia de esa falsa; pero ya sólo por el parentesco se me hace insoportable... ¡Pedro! ¿No es aquella joven que está allá, en el tercer palco frente a nosotros, Carmen, la hermanita de Joaquín? ¡Está corronguísima...! parece una flor...

—¿Mmm... qué me habrás visto que me querés quitar?—contestó su hermano.

—¿Por qué me decís eso tan raro? ¡Eh, mirá qué tonta soy, se me había olvidado que me contaron que la cortejabas! ¡Es curioso, talvez siempre nos toque ser hermanas!

—¡Ay por Dios, cómo se ha puesto Teresita de requetegorda desde que se casó... Ah, claro!

Subía lentamente el telón de boca, el óleo bellísimo que tanto admiraban todos los que concurrían al magnífico teatro, e Ysabel se dispuso a escuchar.

Pocos minutos después a pesar del embeleso que sentía al oír la divina voz de la excelsa Calli Curci que entonaba el aria de *Lucía*, un extraño impulso la hizo mirar hacia un palco vecino. Desde allí la observaba con los binóculos un caballero, insistentemente, sin apartar un segundo su mirada.

Molesta, desvió la vista. Era imposible adivinar en la semioscuridad quién podría ser ese impertinente. Cuando de nuevo y contra su voluntad se tornó a mirar, ya acostumbrada su vista a la penumbra, reconoció en el caballero que estaba sentado a la par del mirón al señor Ministro de Cuba en el país.

En ese mismo instante el importuno bajó los binóculos e inició un sonriente saludo.

¡Le dió un vuelco el corazón!

—¡Alfonso!—exclamó en el colmo del asombro.—¡No, no puede ser... pero sí, claro que es!

Turbada por intensa emoción, le latía el corazón con fuerza. Con los ojos bajos y las manos heladas ensayaba en su mente, sin poder coordinarlas, un sin fin de frases hirientes a la par que de exagerada cortesía.

Al terminar el acto se abrió la puerta del palco y el señor Mantina apareció en el umbral acompañado de Alfonso.

—Mi señora... ¿cómo se encuentra?—dijo mientras llevaba la mano de doña Mercedes a sus labios—. Permítame presentarle a mi com-

patriota el señor Alfonso Rezén y Sandoval... Pedrito, ¿cómo van esas conquistas?... Ysabelita—nuevo beso en la mano—no sabes cuánto ha crecido mi cariño por este amigo desde que sé que piensa como yo: ¡que tú eres la mujer más bella y encantadora del universo!

Creyendo que lo hacía con todo el aplomo y majestad de una reina, Ysabel balbuceó ruborosa:

—Usted se equivoca, señor Ministro, temo que el señor Rezén no sea de su opinión.

Aleccionado previamente por Alfonso, el diplomático ofreció su brazo a doña Mercedes, invitándola a pasear por el *foyer*.

Mientras su abuelita y el señor Ministro se exponían a pescar una torcedura en el cuello contemplando los soberbios frescos ejecutados en el *plafond* del *foyer*, Alfonso le decía emocionado y con un leve temblor en la voz:

—Creí, Ysabel, que nunca llegaría este momento. Eres la niña más encantadora del mundo; pero eres también la más ingrata... la más caprichosa. ¡Nunca sabe uno a qué atenerse contigo, jamás se puede adivinar que se te va a ocurrir hacer!... ¿Qué tienes ahora... por qué no me hablas... qué te hice para que te vinieras así, a la carrera, sin esperarme y sin escribirme siquiera una palabra de explicación?

Mirando hacia otro lado y fingiéndose distraída Ysabel, le contestó con una sonrisa cruel:

—No creí que pudiera interesarle en lo más mínimo lo que yo pudiera hacer o dejar de hacer.

—Pero cómo, ¡qué disparates dices! Bien sabes cómo te quiero, que sin tí mi vida ya no valdría nada.

Vió Ysabel en su semblante una expresión de sinceridad que la llenó de gozo. Adquirió la certeza de que la quería con verdadero cariño. Pero quiso hacerle pagar todas las angustias que por su culpa había sufrido y le contestó, con todo el sarcasmo de que era capaz, marcado en su voz:

—¡Mucho debo haberle importado cuando no tardó ni un día en seguirme!

—¡No hables así, mi nena—le suplicó Alfonso—: si tú supieras lo que me has hecho sufrir! Dime... ¿es cierto que te casas, como me ha dicho Elena, o es verdad, como me cuentan, que nunca podrás ser mía porque piensas ingresar en un convento?

Al ver a Alfonso tembloroso y suplicante crecía la satisfacción de Ysabel; pero seguía empeñada en demostrarle una indiferencia que no sentía. ¡Faltaba más, se decía, que pueda creer que yo no esperaba más que llegara a mi lado para caer en sus brazos!

El continuaba:—He vivido en un infierno desde que hablé con Julieta...

Ysabel se estremeció de ira. ¡Julieta... siempre Julieta... me persigue como una sombra fa-

tídica y malvada...! De modo que me discutió con ella, sin duda para burlarse.

No reflexionaba que, de ser así, no estaría Alfonso implorando su amor. Se sentía aún ofendida y decidió herirlo en sus sentimientos. Bajó los párpados imitando la expresión de una pudorosa novicia y le replicó:

—Señor Rezén, porque tan sólo así debo llamarlo ahora: no lo han engañado... pronto entraré en un convento a pasar allí el resto de mi vida... Cada día lamento más y más la perfidia de los hombres y no deseo permanecer en el mundo. Es posible que esta sea la última vez que nos veamos... Adiós...

Y como ya llegaban al palco, entró con rapidez y cerró suavemente la puerta, dejando a Alfonso inmóvil de la sorpresa y sin ánimo para pronunciar una sola palabra.

Antes de terminarse el espectáculo y fingiéndose indispuesta, se empeñó Ysabel, con gran disgusto de doña Mercedes, en irse del teatro. Algo en la expresión de su rostro impidió que su abuelita le hiciera ni una sola pregunta.

\*

Era muy grande el amor que dominaba a Alfonso. No podía dejarse vencer con tanta facilidad. Apadrinado por el señor Mantina, al día siguiente se presentó en casa de Ysabel, solicitó una entrevista con don Rafael y le pi-

dió formalmente su venia para hacer la corte a su hija y contraer matrimonio a la mayor brevedad, si era de su agrado.

Consultada por su padre, Ysabel se negó rotundamente a verlo siquiera, declarando enfáticamente que ese señor le era muy antipático. Sin embargo, dos días después dijo a la señora Mantina, quien encantada de intervenir en un asunto romántico, vino a visitarla con el fin de interceder por Alfonso: ¡Voy a pensarlo!

Pasó algún tiempo sin dar señales de vida, para mayor preocupación de su pretendiente. Sentía una perversa satisfacción, un placer felino, de hacerlo desesperar.

Así las cosas, una mañana le telefoneó tía Eloísa, muy disgustada, para decirle:

—¿Ydai... qué te pasa? No volviste a aparecer por aquí a ayudarme para la celebración del Congreso Eucarístico. ¿En qué estás? ¡Me dijiste que te dejara el altar y no te aparecés! Ya sabés que mañana a las nueve en punto sale la procesión y hoy, ya en vísperas, estamos crudas. ¡Ah, Ysabel de la porra... siempre la misma...! ¿Y tu promesa a la Virgen?

—¡Hijo, Santa María! ¡Ahorita llego!— le contestó a su tía, cerrando el teléfono de golpe—. Había hecho tantas promesas en estos meses de angustia que ya se le había olvidado la mitad. Se echó un pañoloncito negro encima de su sencillo vestido de entre casa de percal crema es-

tampado de ramazones verdes, y corriendo bajó presurosa la cuesta del Colegio de Señoritas, hacia la iglesia de la Soledad. Chica venía detrás sin resuello trayendo cuidadosamente en sus brazos el paño del altar aplanchado con primor.

Trino el de Cartago, cojeando por culpa de pertinaz reumatismo, hacía esfuerzos para alcanzarla y darle el paraguas que mandaba doña Margarita, por si llovía.

En la sacristía se encontraba tía Eloísa, de malas pulgas, la boca fruncida y un pañuelito prendido en lo alto del moño, dando órdenes a una docena de ayudantes, capitaneadas por ñor José, el de los portales.

—¡Tomá, precisáte!—le mandó tía Eloísa muy seria, extendiéndole un largo vuelo de batista de lino blanco, rematado por finísimo encaje de Bruselas—. Arregláte primero esta mesa y dejáme los santos a mí... ya sabés que la que los viste se queda... y ya yo ¿qué...?

Siempre dispuesta a hacer lo contrario de lo que le mandaban, Ysabel no replicó esta vez y se dispuso a obedecer, quitándose el pañolón y prendiéndose ella también un pañuelito encima de la cabeza, que le daba un aspecto de linda campesina europea. Arrodillada frente al altar, con la boca llena de alfileres, prendía el vuelo, cuando creyó que una de las ayudantes se acercaba a ella. Sin levantar la vista le farfulló por entre los alfileres:—Alcanzáme el paño del altar...

ligerito!...—Y le extendió una mano. Sintió que otra mano fuerte, fría, apretaba la suya y sorprendida alzó a ver. ¡Casi se traga dos alfileres!

Alfonso estaba ahí, de rodillas a su lado, asiendo fuertemente su mano, mientras sus ojos la miraban suplicantes.

Ysabel retiró su mano con presteza y frunciendo el ceño se puso de pie. Con esa voz sibilante con que la gente habla en los templos le dijo:—Qué está haciendo usted aquí? ¡Váyase!

Y sin recordar el sitio en que se encontraba, hasta una patadita dió en el suelo.

Prosternado Alfonso, la miraba desde abajo en actitud muy poco garbosa. Por fin se levantó y le murmuró:

—Creí que nunca saldrías de tu casa. Ya ves qué cosas hago por tí... hasta de niño ingenuo de quince años que espera la novia en la esquina para seguirla...

—¡Shss, no hable tan alto!—le cuchicheó—. ¡Váyase! Aquí no debemos hablar!

—No me voy hasta tanto no me perdones y me prometas casarte conmigo.

Ysabel estaba aterrada. ¡Horror! ¡Oh atrevimiento! ¡Qué sacrilegio... Una declaración en una iglesia!

—¡Váyase!—le mandó de nuevo. No se le ocurría decirle otra cosa.

—¡Bueno!—le dijo inesperadamente Alfonso. —¡me iré! La verdad es que si vine a moles-

tarte fué tan sólo porque en la imposibilidad de convencerte he resuelto partir mañana... y quise... por lo menos... decirte adiós...

Estaba realmente transformado; su cara había enflaquecido y pálido, balbuceante, no parecía el mismo que Ysabel conociera arrogante, soberbio y poderoso; y esto como por ensalmo, suavizó su voluntad. Además, lo que menos quería ella era alejarlo definitivamente. Sólo había pretendido probar su sinceridad, hacerse desear; estaba preparada para rechazar orgullosamente y con afán de castigarlo, varias súplicas de amor, pero este hombre que ya no pedía nada, que se alejaba vencido y que evidentemente la quería, como ella había ansiado ser amada, con ternura y sumisión, la desarmó.

Alfonso le tendió la mano para despedirse y ella, olvidándose por completo del sagrado recinto en que se encontraban, fijó sus ojos en los de él, que parecían velados por una tristeza infinita. Con ambas manos cubría Alfonso las suyas, temblorosas y frías, cuando Ysabel se oyó decir casi gritando:

—¡No se vaya, por Dios, no me abandone... que me moriría de pesar!

La que casi se muere del susto fué tía Eloísa. Llegaba presurosa con un paso menudo y un su meneadito de cabeza, en sus brazos un enorme ramo de calas, a consultarle a Ysabel, desde luego en discreto cuchicheo: ¿en dónde te pa-

rece que ponga éstas?... cuando se quedó paralizada y muda de espanto: al pie del altar, su sobrina y un hombre que no conocía, estrechamente asidos de las manos se miraban embelesados como en un trance.



—Señorita Ysabel Girón Carrillo: ¿Queréis al señor Alfonso Rezén Sandoval por vuestro legítimo esposo y marido, por palabras de presente, como lo manda la Santa Católica Apostólica Iglesia Romana?... ¿Os otorgáis por su esposa y mujer? ¿Le recibís por vuestro esposo y marido?

—Señor Alfonso Rezén Sandoval: ¿Queréis a la señorita Ysabel Girón Carrillo por vuestra legítima esposa y mujer, por palabras de presente, como lo manda la Santa Católica Apostólica Iglesia Romana?

Los arpegios claros y suaves de la melodiosa música de Gounod rompieron el silencio absoluto en que había escuchado la enorme concurrencia las preguntas y respuestas del diálogo ritual, y la voz maravillosamente bella de la soprano que las entonaba llenó con las estrofas inmortales del Ave María las naves de la Catedral.

La emoción embargaba por completo el ánimo de Ysabel, que apenas si veía el precioso altar de mármol blanco, místicamente decorado con millares de azucenas y centenares de altos cirios

colocados sobre enramadas de candelabros, frente al cual acababa el señor Obispo de pronunciar las frases sacramentales que unían para siempre su vida a la de Alfonso.

Había terminado la ceremonia. Sonriendo con dulzura a su madre, que hacía de única madrina, se volvió Ysabel para dar el brazo a Alfonso y descender.

Un susurro de admiración llenó el sagrado recinto. Ysabel parecía una diosa. Su traje de boda confeccionado con vaporoso encaje salpicado de innumerables lentejuelas opalinas sobre fondo de reluciente raso color marfil, centelleaba al reflejar las llamas de los cirios y las luces que iluminaban el templo.

Su rubia cabellera resplandecía como una aureola bajo las nubes de tenue velo que envolvían su preciosa cabeza coronada de azahares. Su rostro de virgen candorosa iluminado por seductora sonrisa, irradiaba encanto y pureza sin igual.

Lentamente, a los acordes de la marcha nupcial comenzaron a avanzar. Embargada Ysabel por honda emoción se sintió desfallecer. Su larga y pesada cola le dificultaba caminar. Un murmullo de voces zumbaba a su derredor. De pie, encima de las bancas, las gentes en su empeño de verla bien se inclinaban hacia adelante, dándole la sensación de que iban a desplomarse sobre ella. Las notas delicadas de los instru-

mentos de cuerda vibraban en su alma, el penetrante aroma de su *bouquet* de pequeñitos jazmines y azahares le producía extraño malestar. Alfonso la sintió temblar y adivinando sus emociones estrechó su mano.

Ysabel avanzaba, sonriendo instintivamente. En su mente seguían bullendo las frases de la imponente ceremonia: «Este anillo y estas arras os doy en señal de matrimonio... A nadie después de Dios debe amar la mujer más que a su marido. Ordenad vuestra vida de tal suerte que os seáis descanso y consuelo el uno al otro... Tú, esposa, debes estar sujeta a tu marido... Sé como vergel cerrado y fuente sellada en todo lo que toca a la virtud de la castidad... Tú, hombre, compadécete de tu esposa, que compañera os doy y no esclava... Os amonesto a que os guardéis lealtad el uno al otro... El marido ame a la mujer, y la mujer al marido...».

Le parecía estar viviendo un sueño. No ser ella sino otra, la novia que esa noche se casaba. ¡Habían corrido con tanta rapidez las últimas semanas! Como un torbellino se habían sucedido los acontecimientos que sellarían para siempre el rumbo de su vida, desde aquella tarde en que Chica, balanceando sus anchas caderas bajo sus voluminosas y plegadas enaguas, los había escoltado mientras venían calle arriba, después de haberse confesado su cariño en la iglesia de La Soledad. Recordaba la sorpresa

de su familia al anunciarles su decisión, las caras risueñas de sus amigas, la mal disimulada envidia de sus rivales, el regocijo repetido que le ocasionaban los regalos que a diario recibía de Alfonso, la alegría navideña de la apertura de las cajas que le llegaban en todos los vapores de Nueva York con los detalles del lujoso *trousseau*, y los obsequios de sus amistades, y las carreras en las tiendas, la ceremonia del consentimiento, todo el cúmulo de emociones y preocupaciones que preceden al matrimonio.

Le dolía que no estuviera con ella Elena. Se lo habían impedido los achaques con que anunciaba su presencia el futuro condesito de Chateaupriel. ¡Qué amiga más perfecta es!, se decía llena de agradecimiento. Le había enviado a la diligente Bessie con el traje nupcial y un sin fin de preciosidades, para que la atendiera como lo requería su rango de futura señora del alto mundo de Nueva York y la Habana.

Estaban ya en el atrio de la Catedral. En las graderías y en las aceras se aglomeraban los curiosos dificultando el paso hacia los *landeaux* que habían de conducir a los invitados hasta la casa de sus padres, para celebrar sus bodas y brindar por su felicidad, mientras llegaba la hora señalada para la partida del tren expreso en que habrían de trasladarse a tomar el vapor de Nueva York. Como en un vértigo pasaron también para Ysabel esas horas: los besos de sus padres,

los saludos de sus amigos, las burbujas del *champagne*, las cadencias del vals, el variado perfume de las flores, sus encontradas emociones, todo entró tumultuosamente en su imaginación como en un pánorama multiforme y extravagante. Y cuando el tren se alejaba despaciosamente del andén de la Estación del Atlántico, los pañuelos que se agitaban diciéndole adiós se confundían en su mente con las copas llenas del espumante licor, los labios rojos de sus amigas, las manos enguantadas de los caballeros y las lágrimas silenciosas de su madre, la emoción contenida de su padre y los sollozos entrecortados de su fiel Chica.

\*

La vida de Ysabel se había tornado en un ensueño hechicero y embriagador. Todo cuanto había ambicionado en sus días de exaltada imaginación estaba ahora a su alcance. Todas sus quimeras se convertían en realidades. Alfonso se empeñaba en complacer sus más nimios deseos, y parecía sentir gusto especial en adivinarlos y adelantarse a satisfacerlos. Trajes, joyas, finísimas pieles, todo lo que en materia de lujos puede ambicionar el alma de una mujer, lo ponía ahora a su disposición. Y ante sus ojos extasiados iba describiendo los viajes que harían, las ciudades que conocerían, las festividades a que asistirían tan pronto como concluyera ese invierno.

Partieron para Europa en un lujoso trasatlántico a mediados de mayo, junto con un grupo de alegres amigos, que no se habían cansado de hacerles fiesta tras fiesta en Nueva York, a fin de concurrir al Garden Party que daban los Reyes en el palacio de Buckingham, al cual había logrado Alfonso que los invitasen poniendo en juego sus entronques de familia y de amistad.

Con esa elegante fiesta en que alternaban las damas de falda al tobillo y sombrero de anchas alas, con los caballeros de chistera y chaqué gris, comenzó para Ysabel la época feliz de su primer viaje a Europa que nunca había de olvidar. Como en una película se sucedieron sus emociones.

Viajero experimentado y gran conocedor de aquel mundo nuevo para ella, Alfonso la hizo visitar los más bellos lugares y los más alegres sitios que su imaginación pudo soñar. Así pudo extasiarse con la perspectiva única de los Campos Elíseos de París, la gracia picaresca de sus teatros y cabarets, el lujo atrevido de las Folies Bergère, las noches magníficas de la Opera, la poesía sin igual de las góndolas de Venecia, los paisajes imponentes de la Suiza alemana y las vistas inspiradoras de la Suiza francesa, la belleza sorprendente de las aguas azules de la Riviera y la de los agrestes picos de los Pirineos, las tardes emocionantes de Montecarlo y las mañanas suaves de Niza y de Cannes.

El estallido de la guerra cortó su viaje y apresuró su regreso. Bailaban en un cabaret de Montmartre cuando la noticia del decreto de movilización general puso de pie a la concurrencia, y contaminados del fervor patriótico, unieron sus voces a las multitudes que despidieron al día siguiente a los gallardos jóvenes que partieron al frente plétóricos de entusiasmo y con una canción en los labios.

Salieron de París cuando ya se escuchaba la voz de los cañones del Marne.

Con tristeza se alejaba Ysabel de Europa, aun grabados en su memoria los meses seductores pasados allí. Pero desde aquel día en que surcando el azul turquí del Mar Caribe se acercó a aguas cubanas el trasatlántico que los traía de Europa, y desde la proa divisó Ysabel en el horizonte el singular panorama que ofrece la costa habanera rematada por el Castillo del Morro, antigua atalaya, que airosa sobre las rocas guarda desde hace siglos la entrada a la bahía, la embargó extraño sentimiento de ternura. Se sintió cautivada por esta tierra que había de ser su segunda patria, y desde el instante de su desembarco tuvo la sensación inexplicable de haber vivido en la histórica capital una existencia muy distante en la cual había sido intensamente venturosa, como se consideraba ahora.

¡Qué gentil, qué acogedor sintió este país!  
¡Perla de las Antillas, sabía que lo llamaban!

¡Milagro de alegría, de luz, de colorido y de encantadora tradición!—lo llamó desde entonces Ysabel.

Se establecieron en la Habana: y para presentarla al extenso círculo de sus amigos de la sociedad habanera, quiso Alfonso que dieran una fiesta en su elegante residencia del Vedado. Brillante ocasión que aprovechó Ysabel para dar vuelo a su imaginación y poner de relieve a la vez su exquisito gusto y la prestancia de su gracia y su belleza singular ante aquella linajuda sociedad, que admiró sorprendida el bosque encantador de Las Mil y Una Noches en que se habían transformado, como por arte de magia, aquellos jardines de centenarias ceibas, sus ramas cubiertas de miríadas de bombillos eléctricos de variados colores que derramaban sus luces suaves sobre las mesas de ricos manteles esparcidas aquí y allá por todos los rumbos de aquel amplio jardín.

Se ganó el corazón de la sociedad habanera y fué su reina indiscutible. Se sentía inmensamente feliz, y el cariño que ya tenía por aquella turbulenta ciudad fué creciendo con los años. No era extraño. Había conocido las más grandes ciudades de la tierra, es verdad, y admirado sus espléndidos monumentos, y gozado de noches deliciosas de arte y de noches alegres de placer; pero en la Habana era doblemente venturosa porque ahí como en ningún otro sitio del mundo se hacía sentir la preponderancia de